

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ANGEL SASTRE

**Diputados presentes.**—Acuña, Aldao, Alvarez (A.), Alvarez (J. M.), Amenedo, Argañarás, Astudillo, Balestra, del Barco, Barraquero, Barraza, Bejarano, Berrondo, Campos, Cantón, Carbó, Cariés, Carreño, Castro, Cernadas, Coutte, Cordero, Coronado, Correa, Crouzeilles, Demaría, Domínguez, Elordi, Ferrari, Figueroa, Fonrouge, Galiano, Garzón, Gigena, Gouchon, Grandoli, Guevara, Gutiérrez, Hernández, Irigoyen, Iriondo, Laferrère, Lagos, Latorre, Ledesma, Leguizamón, Lezica, Lucero, Luro, Machado, Martínez (J.), Martínez (J. A.), Martínez (J. E.), Martínez (M.), Martínez Rufino, Moyano, Naón, Oliver, Palacios, Parera, Parera Denis, Pera, Pinedo (F.), Pinedo (M. A.), Ponce, Robirosa, Roca, Rodas, Romero, Seguí, Silva, Sivilat Fernández, Uriburu (F.), Urquiza, Varela, Varela Ortiz, Vedia, Victorica, Vieyra Latorre, Villanueva, Vocos Giménez, Yofre, Zavalla.—**Ausentes con licencia:** Paz.—**Con aviso:** Astrada, Bustamante, Dantas, Delcasse, Fleming, Fonseca, González Bonorino, Iturbe, Lacasa, Lamas, Mohando, Mugica, Olmos, Padilla, Roldán, Uriburu (P.).—**Sin aviso:** Argerich, del Carril, Comaleras, García, García Vieyra, Luna, Luque, Méndez, Monsalve, O'Farrell, Ovejero, Poluffo, de la Riestra, Rivas, de la Serna.

SUMARIO

- 1.—Aprobación del acta de la sesión anterior.
- 2.—Despacho de las comisiones.
- 3.—Peticiones particulares.
- 4.—Continúa la discusión del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de ley de **reforma de la ley de elecciones.**

—En Buenos Aires, á 11 de julio de 1905, el señor presidente declara abierta la sesión á las 4 y 20 p. m.

1

ACTA

—Se lee y aprueba el acta de la sesión anterior.

2

DESPACHO DE LAS COMISIONES

—La comisión de presupuesto se expide en los siguientes proyectos de ley, en revisión:

Ampliación en 30.000 pesos de la partida para gastos del cuerpo diplomático en el presupuesto del ministerio de relaciones exteriores.

Autorización al poder ejecutivo para invertir 130.000 pesos en pasajes de inspectores y sueldo del personal de la oficina de impuestos internos.

Ampliación en 30.000 pesos del ítem 1.º, inciso 2.º, anexo D del presupuesto vigente, para pago del personal de la contaduría general de la nación.

—Pasan los despachos á la orden del día.

3

PETICIONES PARTICULARES

—Pedro Mantero, solicita que no se sancione el proyecto de ley del senado, acordando á la sociedad "Establecimientos americanos Gratry" el privilegio que pide para establecer fábricas para la explotación de la paja del lino.—(A la comisión de agricultura.)

—Martina Salas de Yera solicita aumento de pensión.—(A la comisión de peticiones.)

## 4

## ORDEN DEL DIA

## REFORMA DE LA LEY DE ELECCIONES

**Sr. Presidente**—Continúa la discusión del proyecto de reforma á la ley electoral.

Tiene la palabra el señor diputado Balestra.

**Sr. Balestra**—Señor presidente:

Al pedir la palabra en la sesión anterior, fué porque entendía que había terminado el debate de vanguardia que reglamentariamente tienen que librar los miembros de la comisión cuando está dividida en la discusión de cualquier asunto; mas después de la sesión pude saber que el señor miembro informante de la mayoría de la comisión quería nuevamente hacer uso de la palabra.

Considero del más elemental deber de corrección parlamentaria cedérsela, desistiendo por mi parte, actualmente, del pedido que había hecho, sin perjuicio de que si en lo sucesivo, en la discusión del asunto, encuentro una ocasión propicia, pida nuevamente la palabra.

**Sr. Lucero**—Pido la palabra.

Efectivamente, señor, ayer, en el momento en que el señor diputado por Corrientes doctor Balestra pedía la palabra, iba á rogarle me permitiera liquidar previamente las diferencias de opiniones producidas entre los que hemos preparado el despacho, el señor ministro del interior, la mayoría de la comisión y la minoría: pero como sólo hablara para pedir un cuarto intermedio, en la antesala le manifesté mi propósito, y el señor diputado, con su gentileza característica, tuvo á bien acceder.

Voy, pues, á contestar los discursos de los señores diputados Vedia y Mugica, con algunas observaciones breves pero suficientes.

El señor diputado Mugica ha afirmado que mediante el sistema de la lista, llegan á la cámara no los representantes del pueblo, sino los designados por los gobernadores ó por el presidente de la República; ha sostenido que ese sistema excluye la represensación de las minorías; ha asegurado que los acuerdos requeridos por la lista depriimen el carácter moral de los hombres públicos opositores, que hacen arreglos

con el gobierno; en fin, inspirándose en el criterio de la política experimental, que dicta las leyes según las reclamaciones de las necesidades, ha establecido la base de la disidencia en el alto beneficio público de garantir la estabilidad política.

Y bien, señor presidente: el señor diputado ha afirmado, ha sostenido, ha asegurado, ha garantido lo que se le ha ocurrido, sin prueba alguna de sus aserciones.

Esta falta de pruebas, sean hechos, interpretaciones ó doctrinas generales, me obliga á reducir la réplica á un examen meramente dialéctico, de puro raciocinio, sobre las aseveraciones con las cuales el señor diputado Mugica ha creído poder suplir la demostración.

Desde luego, el señor diputado Mugica es un electo por la lista. Dentro de la fuerza de las sanciones de la honorable cámara sobre los diplomas que recibe, es evidente que si ella, no digo sabiéndolo, si hubiese sospechado que el diploma del señor diputado Mugica procedía de las condescendencias del gobernador Irigoyen ó del presidente Roca, es evidente que no lo habría aceptado. Por el contrario, dentro de las fuerzas de las sanciones sobre los diplomas, la honorable cámara se ha cerciorado previamente de que el diploma del doctor Mugica provenía de un acto conforme á las leyes electorales.

Por tanto, en el raciocinio no es permitido afirmar que el sistema de lista no trae representantes del pueblo sino representantes de los gobernadores.

Por otra parte, el señor diputado Mugica se presentó en la misma lista en que figuraban los nombres de sus colegas Iriondo, Naón y Romero, que son notoriamente representantes de la minoría electoral y notoriamente representantes de la minoría parlamentaria en esta cámara. Luego la conclusión es igualmente correcta...

**Sr. Iriondo** — ¿Si me permite una aclaración el señor diputado?

**Sr. Lucero**—Sí, señor.

**Sr. Iriondo**—Los señores diputados Mugica, Naón y Romero, vinieron en la lista porque vino el señor diputado Demaria, el señor general Campos, el señor Fermín Moyano, el doctor Federico Pinedo y otros diputados; lo que demuestra que con aquella lista había triunfado una concentración de opinión que se hizo con un propósito conocido de la cámara.

**Sr. Lucero**—Confirma mi argumentación el señor diputado.

**Sr. Iriondo**—Confirma la argumentación del doctor Mugica.

**Sr. Martínez (J. A.)**—Está equivocado el señor diputado.

**Sr. Iriondo**—Nó, señor; y quiero aprovechar este momento, para hacer recordar á la honorable cámara que en aquella ocasión vinieron diputados que habían sido los constantes opositores del doctor Irigoyen durante su gobierno en la provincia de Buenos Aires.

**Sr. Lucero**—Le repito que confirma mi argumentación.

**Sr. Iriondo**—El general Campos fué el leader de la oposición en el senado de la provincia y el señor Moyano creo que ni de vista le ha conocido.

**Sr. Pinedo (M. A.)**—No formó parte de esa lista el señor Moyano.

**Sr. Iriondo**—Debió venir en aquella oportunidad. (*Risas*).

**Sr. Lucero**—La observación del señor diputado, debo insistir, confirma plenamente mis acertos. En efecto, en esa lista vinieron opositores al partido gobernante, lo que significa en términos incontrovertibles, que el sistema de lista no excluye la representación de las minorías.

Por último, nos ha asegurado el señor diputado Mugica que el sistema de lista deprime la altivez de los hombres públicos opositores que hacen arreglos con los partidos gobernantes. Pero, señor presidente, yo pienso que la dignidad de la conducta parlamentaria del señor diputado Mugica y de los demás caballeros que fueron sus colegas en la misma lista del acuerdo, equivale á la más completa refutación de que la lista deprime la altivez de los hombres públicos, toda vez que nadie ha puesto en duda la rectitud de los propósitos que defienden en esta cámara; fuera de que, ni el señor diputado Mugica, ni los diputados de la minoría se permitirían pretender jamás ser los primeros opositores en la cámara de diputados, donde la lista ha traído opositores ilustres, sobre cuya acción y eficacia yo no quiero hacer comparaciones.

No es, por tanto, la lista la causa que deprime el carácter de los hombres políticos; son otras esas causas, que no están en discusión.

En resumen, las consideraciones del señor diputado Mugica están destruidas por su sola presencia en esta cámara, que significa la refutación personificada

de la inexactitud y de la debilidad de esas razones que él ha llamado sus razones fundamentales.

Después de esta demostración sería una ingenuidad histórica, en nuestra América, donde según se refiere, los indios recién descubiertos, cambiaban oro virgen por avalorios españoles; sería una ingenuidad,—ó una crueldad, como lo prefiriese el señor diputado Mugica,—ocuparse de los adornos retóricos en que ha envuelto esas razones fundamentales; pero no debo pasar por alto dos contradicciones en que el señor diputado ha incurrido cuando hablaba de la política experimental y al mismo tiempo recomendaba la permanencia de las opiniones de los hombres célebres argentinos que han preferido la lista, atendiendo á consideraciones que no son las de este momento.... No podemos consultarlos: han muerto ó han prometido abstenerse de la vida pública. Entonces, en la imposibilidad de aconsejarnos de sus juicios, no debemos caer en el absurdo de determinar una conducta presente en nombre de razones pasadas. (*¡Muy bien!*)

Otra contradicción, la terminal del señor diputado Mugica, es aquella en que estableciendo la conveniencia de garantizar la estabilidad política, propone para satisfacer tan alto propósito, la reforma de la constitución.

No sé, señor presidente, lo que pensaría aquel financista reportado en Londres, cuyas aspiraciones hacia la estabilidad política sirvieron de peroración al discurso del señor diputado; pero es permitido suponer que se sorprendería, si supiese que el señor diputado Mugica ha encontrado que la mejor manera de realizar la estabilidad política es proyectar la inestabilidad política, por excelencia; la reforma de la ley de estabilidad, que es la constitución. En este punto, el elocuente diputado Mugica, que es también un distinguido profesor de farmacia, ha despachado una droga más peligrosa que la enfermedad.

No podemos aceptársela, á pesar del discurso en que la pregona; y tenemos que preferir las vigorosas condenaciones que ha lanzado contra el sistema electoral vigente, de acuerdo con la mayoría de la comisión, según se lo hizo notar oportunamente el señor diputado Yofre. De modo que así al concluir hemos coincidido en algo, lo que es siempre un placer para todos.

Desgraciadamente, esta oportunidad agradable no nos ha sido proporcionada por el señor diputado Vedia, con quien disintimos aun dentro del mismo partido en que militamos...

A propósito de partidos, señor, debo hacer algunas rectificaciones.

Yo no sé qué acepción un poco val-buenista ha encontrado el señor diputado Vedia en la palabra «reintegración de partidos». En ningún momento he querido decir que esa reintegración tuviera por equivalencia el restablecimiento de las corrientes de la opinión por sus cauces históricos: que volviéramos á ser porteños y provincianos, mazorqueros ó unitarios...

**Sr. Vedia**—No, señor... no.

**Sr. Lucero**—Yo he entendido simplemente por reintegración de opiniones esta tendencia á la unificación de los grupos, por la cual los adversarios de hace tres años son correligionarios en este momento, con propósitos definidos, frente del partido gobernante, y no que las disgregaciones sufridas por el partido nacional hace tres años ó los acuerdos rotos con la unión cívica pudieran reintegrarse en el mismo cuerpo ó en el mismo acuerdo. De ninguna manera. Entiendo por reintegración el hecho real é inmediato de que por un lado se encuentra el partido gobernante que no desea en absoluto, ni le conviene los acuerdos...

**Sr. Iriando**—¿Cómo se llama ese partido?

**Sr. Lucero**—... y del otro lado los partidos opositores que deben colocarse como están ya colocándose, unidos por pactos.

**Sr. Vedia**—¿Me permite el señor diputado?

**Sr. Lucero**—Sí, señor.

**Sr. Vedia**—He entendido las palabras del señor diputado «reintegración de opiniones» en el mismísimo sentido en que acaba de explicarlas. Es mayor satisfacción para mí.

**Sr. Lucero**—Me felicito; pero parece que hemos entendido de distinta manera los intereses del partido nacional en esta cuestión.

Ciertamente, el señor diputado Vedia cree que esta reforma no conviene al partido nacional y yo creo que le conviene, sin que el partido nacional haya pronunciado su opinión por el órgano de sus convenciones electorales. De modo que cada uno de los afiliados se encuentra en plena libertad ante esta

reforma, sin más obligaciones, en su independencia, que las que derivan de la conducta política anterior.

Ahora bien; cuando el señor presidente de la República viene á decirnos que el pensamiento primordial de su gobierno consiste en dirigir con absoluta imparcialidad la lucha de los partidos, en cuya acción y en las fuerzas de cuyos mutuos intereses deposita su alta confianza de que se verificarán las garantías del sufragio; cuando viene á pedirnos la sanción de un sistema electoral que impida la disolución de los partidos, que son las energías organizadas de la opinión pública y que promueva la formación y el acrecentamiento de estos aparatos esenciales á la vida sana del estado; cuando el señor presidente de la República manifiesta por intermedio de su ministro del interior estas ideas políticas trascendentales, yo entiendo que no hay una cuestión de partido, sino una gran cuestión política, de solidaridad con las opiniones anteriores, una cuestión que no se resuelve sino dentro de esa solidaridad con que los hombres del partido autonomista nacional hemos concurrido á la elección del señor presidente de la República, elección en cuyos preparativos y en cuyo acto mi distinguido colega el señor diputado Vedia ha sido uno de los campeones más eficaces y brillantes del partido autonomista nacional en la capital.

**Sr. Vedia**—Muchas gracias.

**Sr. Iriando**—Siquiera se lo reconoce el señor diputado!

**Sr. Lucero**—Es así, señor presidente, cómo esta reforma es una cuestión política. Substantial y exteriormente, es una consecuencia lógica de la política que nosotros hemos emprendido. Desde el momento que hemos dado nuestro voto al doctor Quintana, le hemos comprometido nuestra cooperación; y cuando él considera que la reforma electoral sobre el sistema es indispensable á los altos fines de gobierno, nosotros estamos en el deber de acompañarlo con nuestra acción, como le acompañamos con nuestras opiniones.

Es de este punto de vista que esta cuestión política es una cuestión de firmeza y de solidaridad.

¿Acaso nosotros hemos preguntado al doctor Quintana á qué partido pertenecía para darle nuestro voto, que era también nuestro compromiso?

**Sr. Vedia**—¿Me permitirá el señor diputado una interrupción...?

**Sr. Lucero**—Sí, señor.

**Sr. Vedia**—... si no le molesta?

**Sr. Lucero**—No me molesta.

**Sr. Vedia**—Entiendo que el señor diputado militaba en las filas del partido nacional....

**Sr. Lucero**—Milito.

**Sr. Vedia**—Entiendo que el señor diputado militaba en las filas del partido nacional durante la administración anterior, cuando el gobierno del general Roca solicitó la reforma de la ley electoral para establecer el régimen uninominal; y á nadie se le ocurrió que él y los distinguidos miembros del partido nacional,—que se opusieron por sus razones á esa reforma,—se habían colocado por el hecho fuera del partido que sostenía al gobierno y en contra del gobierno que proponía la reforma.

**Sr. Iriondo**—El general Roca era jefe de partido.

**Sr. Vedia**—Era presidente de la República.

**Sr. Iriondo**—Y jefe de partido.

**Sr. Lucero**—El general Roca no sólo era presidente de la República, sino que también era jefe prestigioso de un gran partido. Se encontraba, por otra parte, en una situación política muy distinta de la que atravesamos en este momento.

El general Roca terminaba su mandato, y podía perfectamente, sin exponerse á cargar con todas las consecuencias de una reforma, proyectarla y experimentarla. Pero una vez que la experiencia ha demostrado que las consecuencias de esa reforma son funestas al ejercicio de una política presidencial de imparcialidad, es un deber reconocer la gravedad de las circunstancias y cooperar á que la elevada prescindencia pueda realizarse.

Es así que yo entiendo la referencia que el señor diputado ha tenido ocasión de presentar; porque no hemos debido contribuir á la elección del señor presidente Quintana, para obstaculizarlo en el desenvolvimiento de la política absolutamente institucional que ha proclamado en todos sus manifiestos de candidato y en todas sus declaraciones de gobernante.

Nosotros nos encontrábamos, en la reforma anterior, en una situación absolutamente diversa; porque el presidente Roca, en varias ocasiones había manifestado su aprobación á la lista, y cuan-

do terminaba su gobierno creía propicio cambiar de régimen, creía conveniente que una experimentación decidiera si realmente la circunscripción podía servir los intereses públicos y las garantías constitucionales.

Pero aquí en este momento no; aquí hemos venido á comprobar que la lista disuelve los partidos, y que el presidente de la República no siendo un jefe de partido, carácter que distinguía la personalidad del general Roca en la presidencia, tiene que seguir esa política, que se ha trazado, de prescindir; y no podría prescindir si los partidos no se miden, no se controlan, ni verifican por su mutua reacción las garantías del sufragio.

¿Qué principios legales y morales pueden oponerse legal y moralmente á que nosotros manifestemos esta voluntad de derogar el sistema uninominal? ¿La constitucionalidad del sistema que ha deseado probar el señor diputado Vedia? Examinemos sus pruebas.

El señor diputado, restableciendo el debate sobre su verdadero terreno, que es el terreno político, después de un viaje algo infructuoso por Francia, donde me parece que ha podido recoger la comprobación de nuestras demostraciones de que el sistema de lista congrega los partidos y el sistema de las circunscripciones los disgrega; el señor diputado ha traído de esa escursión dos objeciones contra nuestro convencimiento y un argumento en favor del suyo, para esgrimir las dos primeras como dos fintas y lanzar el segundo como un golpe, en el desenvolvimiento elegante de una esgrima de sala que no hiere, pero que tampoco toca al adversario, sino por cortesía, para retribuir el saludo de guardia.... Pero si el señor diputado se hubiera tomado mayor trabajo sobre sus informaciones, nos habría evitado esta réplica sobre cuestiones elementales de doctrina.

Por lo pronto, en un movimiento de generosidad, prescinde del argumento de San Luis, por demasiado discutido. Yo no voy á entrar tampoco al argumento de San Luis, que es un caso particular, que de ninguna manera puede llevar á conclusiones de raciocinio sobre este caso general que estamos discutiendo; y que solamente tendría valor si se pudiera demostrar que en los sorteos del 55, del 63, del 73 y del 99 se han observado prolijamente las prescripciones constitucionales, á fin de impedir

esta disminución de derechos de una provincia argentina.

Sería muy difícil hacer esta prueba, señor presidente, tan difícil como encontrar ese famoso diputado que se ha perdido en la secretaría: un diputado, cuyo nombre no se sabe, que ha ejercido su mandato durante cinco años y que ha cobrado dietas también durante cinco años, sin que de ninguna manera se haya podido aclarar este estupendo escamoteo de la representación.

**Sr. Iriondo**—¿Sería por la lista?

**Sr. Lucero**—Si el señor diputado desea mayores detalles, podría dirigirse al señor secretario Ovando.

**Sr. Iriondo**—No tengo inconveniente, porque no conocía el caso. Y como pudiera deducirse de las palabras del señor diputado que se tuviera interés en ocultar el nombre de la persona aludida, pediría á la presidencia...

**Sr. Vedia**—Por el sistema uninominal, no hubiera habido ningún diputado clandestino.

**Sr. Lucero**—Y en adelante no lo habrá con ningún sistema; porque después de aquella aventura se lleva un libro de mandatos, donde no hay extravíos posibles.

Pasando entonces, por el argumento de San Luis, el señor diputado presenta este raciocinio, que ruego á la cámara me permita leer, porque en el primer momento no me había dado cuenta exacta de su alcance.

«Renovándose la cámara por mitad cada dos años, eligiendo todo el distrito,—decía el señor diputado,—la voluntad del mandante ha podido variar; y entonces, cuando la mitad de una representación de hace dos años viene á completarse con la voluntad de una diputación de hoy, cuando las opiniones políticas de la mayoría son distintas, cuando el mandante ha cambiado, lógicamente, la primera parte de la representación estaría absolutamente mal en las bancas del congreso: su deber sería renunciar, puesto que se ha llamado á todo el distrito en virtud del cual vinieron hace dos años, para renovar la otra mitad de la representación, después de dos.»

Si yo lo entiendo concurre á la demostración de que la renovación íntegra es más propia del escrutinio de lista, que del escrutinio uninominal, porque de esa manera, en cada renovación, los diputados, según sean las tendencias

políticas, mantendrán ó renunciarán su representación.

**Sr. Vedia**—En la primera parte ha interpretado bien; y ojalá hubiera podido expresar mi propio pensamiento como lo sabe hacer el señor diputado. Si el señor diputado tuviera interés en que yo tratara de aclarar mi argumentación, lo haría con mucho gusto.

**Sr. Lucero**—Lo desearía, porque, lo digo con toda sinceridad, en la sesión de ayer no comprendí las palabras del señor diputado, que tampoco he entendido claramente en la lectura del Diario de sesiones.

**Sr. Vedia**—Iba á decirle al señor diputado que había cierta crueldad en la lectura de frases visiblemente mal construidas.

**Sr. Lucero**—Sería injusto el reproche, porque el señor diputado, mi particular amigo, sabe cuanto le estimo.

**Sr. Vedia**—Muchas gracias.

He dicho, señor presidente, que con el sistema de lista sería más propia la renovación total de la cámara que con el sistema uninominal; y lo he dicho en este sentido: por el sistema uninominal, cada circunscripción es consultada respecto de un candidato, que es elegido por cuatro años, y no vuelve á ser consultada sino al término de su mandato, en que la circunscripción expresa nuevamente su voluntad.

Por el sistema de la lista, dado el carácter representativo de la asamblea, puede resultar lo siguiente: y yo no llego ó no quiero llegar á las conclusiones extremas de la renuncia. El caso más reciente de opinión en mi favor es el del señor diputado Pérez cuya renuncia trató la cámara. Pero mi argumentación se concreta en estas palabras: elegida una diputación por lista, bajo el imperio de una opinión, que llamaremos del partido nacional, por ejemplo, y renovada la cámara á los dos años, bajo el imperio de otra opinión predominante, que llamaremos partido radical, por ejemplo, la voluntad actual del mandante se expresa en el último término, y la representación que viene respondiendo á la opinión de hoy, anula, creo que dije, moral y políticamente, el significado de la representación anterior.

Si hubiera logrado expresar ahora mejor que ayer mi pensamiento, sería para mí una verdadera felicidad.

**Sr. Lucero**—Sí, señor; pero corrobora la forma en que lo acabo de exponer.

En efecto; la honorable cámara principió á discutir este punto de doctrina con motivo de la renuncia del doctor Enrique Pérez, pero no lo terminó. Es, sin embargo, una cuestión elemental. La constitución, cuando ha establecido la renovación parlamentaria, no ha querido dejar sin defensa la independencia parlamentaria á merced de las borrascas de la opinión, desde el momento que le ha dado las inmunidades que garanten su libertad de acción y de pensamiento. No podría ser de otra manera; porque en la doctrina del señor diputado, la renovación bienal por mitad llegaría á producir esta consecuencia funesta de quebrar la unidad del estado, de alterar la permanencia progresiva de la política, que depende del saludable conflicto de estas tendencias que ingresan en la renovación con las tendencias ya existentes de la renovación anterior; conflicto que se determina, por una parte, entre los propósitos conservadores y los propósitos adquirentes, entre la resistencia establecida y el impulso nuevo, de donde resulta el movimiento de orden y de adelanto, que es la fórmula del progreso.

No es propia ni del sistema de lista, ni del sistema del voto uninominal la renovación parcial. La renovación es una consulta al pueblo sobre la marcha de la política, que pronuncia con sus votos la aprobación ó la desaprobación sobre esta política; y éste es el sentido que tiene la renovación, sea en los gobiernos presidenciales, sea en los regímenes ministeriales.

El señor diputado, estudiando las consecuencias de la renovación en el régimen ministerial, contesta con aire triunfal el argumento, que nosotros hemos llamado núcleo de nuestro pensamiento y que reside en el hecho innegable de que, en todos los países donde rige el sistema uninominal, la renovación parlamentaria se hace íntegramente y no por mitad, como se hace entre nosotros; correlativa de esta otra aseveración indiscutible: que la constitución nacional no ha querido ni ha podido, porque habría sido absurdo en la legislación y en la doctrina política del mundo, privar á la mitad del cuerpo electoral de concurrir á esos propósitos de la renovación parlamentaria. Contesta el señor diputado, y es éste su golpe contra nuestra convicción, que en Bélgica, donde hay elecciones uninominales, la renovación se hace por mitad,

según el artículo 51 de la constitución.

**Sr. Vedia**—Y me olvidé de Holanda, donde sucede lo mismo.

**Sr. Lucero**—En cuanto á Holanda, no tengo en este momento la documentación enorme que se necesitaría para contestar interrupciones en esta forma, sobre un debate casi bibliográfico.

**Sr. Vedia**—Es un dato, nada más.

**Sr. Lucero**—El caso que he examinado es el de Bélgica. Dispongo de una copiosa documentación que demuestra todo lo contrario de lo que quería el señor diputado que demostrase el artículo 51 de la constitución de ese país.

El artículo 51 tiene por correlativos los artículos 32 y 49 de esa misma constitución, donde se establece que los miembros de las dos cámaras representan la nación y no únicamente la provincia ó subdivisión de provincia que lo ha nombrado; y se determina que la ley electoral fija el número de diputados según la población, más ó menos, según las reglas generales, que desde entonces se adoptan en casi todos los estados y que son materia de la enseñanza del derecho constitucional...

**Sr. Vedia**—Inclusive el nuestro.

**Sr. Lucero**—Inclusive.

Y bien; en Bélgica la lista ha existido siempre; el régimen uninominal no ha estado jamás en vigencia. Hay treinta reformas electorales en Bélgica, en ninguna de las cuales se ha sancionado el escrutinio uninominal. Podría enumerarlas; pero no lo hago porque sería demasiado prolijo y molestaría la atención de la cámara. Basta la afirmación leal de que el escrutinio uninominal no se ha practicado jamás en Bélgica.

El escrutinio de lista existe desde la ley de 3 de marzo de 1831, ha pasado por las tres reformas sucesivas de 1848 sobre ampliación de sufragio, quedando en vigencia hasta el año 1894.

La constitución del año 31, á que se ha referido el señor diputado, fué modificada en 1893 y requirió dos leyes electorales, la del 12 de abril y la de 28 de junio de 1894, donde se establece el voto plural, ya determinado por la enmienda constitucional en el artículo 47. La lista, con el voto plural, aun triple voto, ha continuado en vigencia hasta el 29 de diciembre de 1899, en que se ha establecido la representación proporcional.

Etienne Flandin, ex procurador de la república, ex diputado, en un volumen de instituciones políticas, en que se ocupa de Inglaterra y de Bélgica, edición de 1901, — si hubiera el relativo á Holanda podría improvisarse el control bibliográfico, — Etienne Flandin reasume en estos términos la historia electoral belga: — «Los senadores y representantes (belgas) son elegidos por el escrutinio de lista. Los belgas han manifestado siempre una gran aversión por el escrutinio uninominal, que representa á sus ojos «la guerra de las personas,» mientras que el escrutinio de lista implica «la guerra de las ideas.» Se honran, como lo recordaba ante el senado el informante del proyecto de ley sobre representación proporcional, M. Léger, de permanecer fieles á la doctrina de Royer Collard:

«¿Queréis que el elector vea lo que debe ver y que no vea nada más? Liberado de la atmósfera local, elevado, dilatad su horizonte. ¿Queréis que sea fuerte contra el poder y contra los partidos? Dadle compañeros, disponed la unión de las fuerzas, formad las masas, que solamente las masas resisten.»

Me parece que la demostración es suficiente, sobre el error que ha sufrido el señor diputado Vedia, al querer presentar una razón capital, que invitaba especialmente á que fuera examinada.

En fin, lamentando siempre contrariar al señor diputado...

**Sr. Vedia**— No, señor diputado; no me contraría absolutamente. Es cuestión de confrontaciones que haremos oportunamente.

**Sr. Lucero** — Dentro de la lealtad de nuestras informaciones, pongo á su disposición la cita.

**Sr. Vedia**—La lealtad mía está establecida en cuanto al señor diputado: le revelé ayer, á su pedido, la fuente en que había recogido mi dato.

**Sr. Lucero**—Sí, señor, porque realmente no se me podía ocurrir que tratándose de una cuestión constitucional, se fuera á buscar una constitución del año 31, que no está vigente, reformada en 1893; cuando hay libros de 1901, en que constan circunstanciadamente las mismas doctrinas, que son clásicas.

**Sr. Vedia**—Se puede buscar en cualquier parte, tratándose de doctrina.

**Sr. Roca**—Para informarse sobre la doctrina, puede acudirse á las fuentes más antiguas. Todavía vamos á Montesquieu y á las leyes romanas, que todo

el mundo sabe que no están en vigencia.

**Sr. Lucero**—No es una novedad que sea necesario recurrir á los clásicos para informarse sobre cuestiones elementales de doctrina; pero siempre es una novedad que se hagan cuestiones elementales de doctrina en el parlamento, donde yo tengo el deber de suponer que los señores diputados, en este punto, tienen ideas unánimes y convicciones definidas.

**Sr. Vedia**—Precisamente, la cuestión elemental la hizo el señor diputado, á quien se le refutaba con esa parte de argumentación.

**Sr. Lucero**—Pero el error del señor diputado afectaba la cuestión fundamental, interpretando una cuestión constitucional, con un artículo solitario, sin preocuparse de sus correlaciones constitucionales y legales, porque así desprendida de sus correlaciones la disposición del artículo 51 de la constitución belga, le ha resultado más trampa que los golpecitos en la pedana, que no invitan á lanzarse...

**Sr. Vedia**—El señor diputado presenta ahora dos trampas nuevas.

**Sr. Lucero**—¿Cuáles?

**Sr. Vedia**—Las de los artículos que ha citado.

**Sr. Lucero**—¿Cómo, señor diputado! He analizado la constitución belga, en sus correlaciones plenas, entre sus artículos y las leyes electorales, evitando á la cámara la enumeración fastidiosa de quince ó veinte leyes, con sus fechas y disposiciones sobre sistemas electorales; y he resumido todas mis referencias en una mención textual de Etienne Flandin, quien sostiene que jamás en Bélgica ha estado en vigencia el sistema uninominal. Me parece que la prueba es suficiente y que se ha desarrollado sin las trampas que teme injustamente.

Hay otro error de doctrina, y elemental igualmente, que ha sufrido el señor diputado. Para establecerlo lealmente, voy á leer sus propias palabras:

«Lo que no se puede probar—dice—es que en el congreso cada diputado haya de tener una capacidad distinta y que la condición del elector debe responder también á derechos desiguales. No es admisible que los ciudadanos argentinos estén divididos en razón de la provincia en que les toca votar y tengan mayor ó menor parte en la formación de esta cámara, cámara que re-



presenta al pueblo de la nación á razón de uno por cada 33.000 habitantes.»

**Y agrega:** «Yo, diputado por Jujuy, elegido por 2.000 votos, ¿por qué voy á tener á mi lado á mi distinguido colega elegido por 40.000? Yo me sentiría deprimido al lado del señor diputado, como el elector de uno está deprimido en su situación superior con respecto al elector de 10.»

**Repito, señor presidente:** es una lamentable equivocación sobre la doctrina del sistema parlamentario. La capacidad parlamentaria no está determinada por el número de votos, sino por la investidura misma, que se define en las atribuciones del congreso y las inmunidades concedidas por la constitución. La base de los treinta y tres mil habitantes es un base práctica, establecida para fijar el número de diputados, que deben formar la representación nacional; pero no es una base para calificar esa representación; pues dentro de la política argentina no existe más razón calificativa de la representación que las autonomías provinciales, de donde derivan los senadores al congreso.

**Sr. Vedia**—Me he referido á la capacidad electoral del ciudadano.

**Sr. Lucero**—La capacidad electoral del ciudadano no puede computarse por el número de electores, variable en cada circunscripción, más variable en nuestro país que en ningún otro; porque hay por ejemplo, seiscientos electores en la circunscripción electoral donde ha sido electo el señor diputado y seis mil en la circunscripción de Medina, donde ha sido electo el señor diputado Martínez, cuyo diploma discutimos días pasados.

**Sr. Vedia**—Pero la circunscripción de Vélez Sarsfield debe tener los treinta y tres mil habitantes, por los que yo vengo elegido á esta cámara; lo mismo que los distritos electores de los otros diputados de la última renovación.

**Sr. Iriondo**—Está haciendo una confusión el señor diputado por Tucumán: el señor diputado olvida que la base de la representación es la población.

**Sr. Lucero**—Todas tienen el mismo número de habitantes; esa es la base práctica de la representación, pero no es base calificativa. Legalmente, el señor diputado Vedia, electo en Vélez Sarsfield, es diputado del pueblo de la nación y cualquier otro señor diputado,

electo en un gran distrito constitucional, capital ó provincias de treinta ó cuarenta mil electores, es constitucionalmente, diputado de la nación.

El electo no representa al distrito de que proviene ó la provincia, en que ha sido electo, representa al pueblo de la nación, como está definido expresa y terminantemente en la constitución nacional.

Termino, señor presidente, deplorando otra vez que las objeciones que el señor diputado ha dirigido contra nuestro informe, me hayan obligado á extenderme ante la honorable cámara en estas consideraciones que yo juzgo ya demasiado elementales y demasiado libресcas para ocupar su importante atención.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

**Sr. Romero**—Pido la palabra.

Ha de extrañar, sin duda, que me determine á fundar mi voto en esta cuestión, máxime después de los brillantes discursos que se han oído; y lo que constituiría una razón más para que yo me abstuviera de hacerlo, se agrega el hecho notorio de que, fuera de mis escasas fuerzas, esas pocas aptitudes se han dedicado á otro campo de acción que el que tendría que haber ejercitado para poder desarrollar el concepto científico de la cuestión en debate.

Pero me determina á hacer uso de la palabra, el hecho de ser tan reducido el número de los que formamos parte del mismo grupo político, y que tenemos el mismo punto de vista en lo referente al carácter de nuestras ideas políticas y partidistas.

Además, el señor miembro informante de la mayoría de la comisión acaba de mencionar mi nombre con el de otros dos señores diputados, uno de los cuales, por razones que he sabido incidentalmente y que no he de detallar por no fatigar á la honorable cámara, estaba impedido de asistir á esta sesión, y ésta es otra causa que me obliga á tomar en cuenta la indicación que ha hecho el señor diputado de la participación que nos ha tocado en el acto político de que emana la representación que ejercitamos.

Parecería, señor presidente, al oír el debate producido entre el señor miembro informante de la comisión y el señor diputado por la capital, que se discutiesen dos tendencias dentro del partido nacional, dentro del partido que ha ejer-

cido el mando de la nación durante unos seis períodos de gobierno.

Indudablemente, á los que no formamos parte de esa comunidad no nos es indiferente la actuación que ejercitó durante el largo tiempo que lleva gobernando al país.

Sus miras son de gran importancia para la marcha de la nación y también para los que sin militar en sus filas participamos de los beneficios que su acción refleja sobre los intereses generales. Presentada la cuestión en esa forma, yo no podría menos que reconocer que entre las dos actitudes que se debaten hay una que atrae nuestras simpatías, que conviene más á todos los partidos que se hallan en pugna con el partido nacional, y por lo menos entendemos que es la que conviene á la marcha de la nación; y porque están bien definidas dos tendencias, una que podríamos llamar evolucionista y otra que habré de llamar conservadora, por reconocer que es un término más cortés que el de llamarla retardataria. (*Muy bien!*) Y digo que es una tendencia evolucionista porque en las luchas agitadas que se han tenido en las épocas anteriores, en nuestro pasado de agitaciones tumultuosas, siempre se han levantado dos tendencias: una de ellas, condenando á sangre y fuego al adversario y la otra tratando de atenuar los motivos de su resistencia, y ésta es la que tiende á preponderar obedeciendo á una marcha que no es de los partidos en sí mismos sino que es la acción de la humanidad en el presente siglo. Felizmente, esta última va desarrollando cada vez más su acción eficaz, y los que militamos en los partidos contrarios sentimos cada vez con menos violencia el contraste de la derrota.

Pues bien, señor presidente, no hay duda que habremos de participar de esta tendencia evolucionista que cada día recibe un adversario con más afecto, que cada día lo invita más á deponer sus rencores, á deponer los sentimientos ofendidos en la lucha, para venir á la labor común. Pero si bien ese interés vincula mi voto á una de las fracciones interesadas en la lucha, cuya actitud considero consulta mejor los intereses generales, esa no es razón suficiente para que el silencio con que diése mi voto viniera á dejar como establecido que todos los miembros de esta cámara, todos los que participamos de los beneficios de esa evolución progresista, debemos admitir

como principio inconcuso, como cosa demostrada, que todo lo hecho lo debemos á ese partido imperante.

No quisiera violentar las opiniones contrarias á la mía, pero también quisiera que hubiese esa misma reciprocidad; esto es, no quisiera herir ese concepto al decir que con mi criterio de ciudadano no adherente á ese partido—quizá se reconozca que estoy en error, pero tengo derecho á ello—que los progresos realizados no son la obra del partido sino de la acción y evolución social que siempre se hubieran producido aun á despecho de acciones retardatorias.

Siempre con el criterio que pueda dar lugar á estas opiniones, porque todas las ideas, sin que puedan imponerse, son siempre defendibles, diré: es cierto que hemos realizado muchos progresos y que ha adelantado mucho la nación desde que el partido nacional la domina; pero acaso puede tomarse ese único punto de mira? ¿No sería preciso establecer una comparación con lo que necesariamente habría tenido que progresar el país gobernado con cualquier otra tendencia? ¿No sería ocasión de establecer una comparación de los adelantos realizados durante la permanencia de ese partido en el gobierno tomando como punto de mira los adelantos realizados por otros países en condiciones equiparables á las nuestras?

Y bien, señor presidente: es preciso reconocer que son pocos los países que en el concierto del movimiento universal contemporáneo han tenido más medios de realizar su adelanto y engrandecimiento; y con los pocos que se hallan en ese caso, nuestra comparación sería muy desventajosa.

¡Pero haciendo esta salvedad, sin que quiera por ello creer que esta idea haya de tener más fuerza de convicciones que la que se inspira en las ideas contrarias, pienso que la idea que propende al adelanto, á esa mayor comunidad entre los partidos vencedores y los vencidos, y la que atrae nuestras simpatías, es la que más conviene á la nación. Y esa idea es la que da los medios de representación á cada una de las fracciones que entran á la lucha.

Como ejemplo ha presentado el señor miembro informante la representación que en este momento ejercitamos.

Pues bien; ¿cuál es la circunstancia á que debemos nuestra representación? El partido que me ha dado sus votos

había luchado durante mucho tiempo bajo ese régimen de la lista, sin que se le considerara con derecho a tener esa representación, porque era una de esas minorías insignificantes. Y esa idea de minoría insignificante, indigna de toda actuación pública y de toda representación, llega un día que empieza á excitar los ánimos, y á la sombra de esa excitación reúne mayor número de adherentes; y aquellos ciudadanos que no alcanzaban á tener representación en los comicios, se reúnen un día con fusiles viejos ó nuevos, con armas buenas ó malas, con lanzas ó con tacuarras, pero se agrupan en número muy suficiente para haber prevalecido en cualquier elección.

Desde ese momento, el partido empieza á tener representación. Pero había tenido que recurrir á la revolución, no para pelear con éxito sino para que en el campamento pudieran recontarse los que habían podido ser votos de verdad. (*Muy bien!*) Ese partido empieza entonces á tener su representación é interviene en los que el señor diputado ha llamado los acuerdos patrióticos.

Señor presidente: yo no acostumbro á poner en duda la rectitud de los móviles que animan á los hombres que ejercen altas investiduras, y pienso que se hallan animados por ideas elevadas; y en tal concepto no vacilo para aceptar el calificativo de patriótico que se atribuye á este acto. Pero es un patriotismo que no se ejercita sin grandes sacrificios y profundos desgarramientos: por una parte, aparece la autoridad de la nación ofreciendo un precio para que la revolución no estalle; por otra parte, están los ciudadanos que después de excitar al pueblo y de prepararlo hasta el momento de estallar la guerra civil, aceptan una transacción; y mediante unas cuantas posiciones políticas abandonan su actitud del día anterior. (*Muy bien!*)

¿Qué partido gana en esto? ¿Gana la nación?

Es cierto, señor presidente, que cada vez que se ha hablado de estos acuerdos hemos visto telegramas de Europa en los que se aprobaba la cordura del pueblo argentino. ¡Pere, señor presidente, es que en las épocas en que se han realizado esos acuerdos y hasta en los últimos tiempos la República Argentina era considerada como uno de los estados sudamericanos que vivían en plena anarquía! Y el hecho de haber suspendido,

siquiera fuera por un expediente de esta naturaleza, la guerra civil que parecía dispuesta á estallar, era aplaudido como un acto de verdadero patriotismo.

Pero hay que buscar que la guerra civil se extinga por la estabilidad de las instituciones, por la solidaridad entre los partidos vencedores y vencidos, por la acción que se tenga en la cosa pública y la unión de todos en el esfuerzo común.

Mas si los gobiernos en esos pactos han perdido en parte el prestigio de la autoridad, desde el momento que han tenido que transar con los que iban á ser rebeldes, los partidos de la oposición han quedado hechos jirones. Los partidos de la oposición que se forman con las grandes masas, buscando la comunidad de aspiraciones, que es el único motivo de atracción, no pueden hacer que todos los ciudadanos que los forman marchen aunados en su esfuerzo, que un día se proclame el grito de revolución como medida extrema para llegar á la reivindicación de las libertades públicas, y los que incitaban á ese movimiento vengan al otro día á decir esos gobiernos deben ser sostenidos, que que deben ser rodeados, que es patriótico mantenerlos! (*Muy bien!*)

De ahí que ese partido que una vez reunió muchos miles de ciudadanos dispuestos á ser muy malos soldados y muy mal armados, al día siguiente del acuerdo empezasen por dividirse, los que no lo creían acertado y saliesen la unión cívica nacional y la unión cívica radical, enemistados y persiguiendo propósitos contrarios.

Pero una de esas fracciones tuvo representación en la provincia, y cuando más tarde se trató de reunir las otra vez el partido que había ganado las elecciones en contra del partido imperante y, en contra de un partido con el que se había ligado, á su vez llegó á dividirse en partido radical intransigente y partido radical coalicionista, que buscaba una acción conjunta con la unión cívica nacional.

Después de asumir el gobierno de la provincia el partido de la unión cívica nacional, este gobierno pasó al partido radical; pero en ese momento se produjo la división entre el partido radical intransigente y el coalicionista. De ahí que ese partido que antes había podido vencer al partido situacionista, se vió reducido á una minoría, la que entró en una nueva acción con otros elementos.

Aquí entro al objeto principal, cual es contestar al señor miembro informante, en cuanto hacía referencia á la representación que en este momento invisto con otros colegas.

Esa fracción radical, debilitada por la subdivisión que había determinado la divergencia entre los que creían que un acuerdo ó una conciliación era oportuna y los que no lo creían, llegó un momento en que entró á luchar junto con otras fracciones, y en esa vez, señor presidente, puede decirse, es una de las pocas que se ha presentado la lucha con probabilidad de éxito por ambas partes.

Y en cuanto á la imparcialidad del gobierno en ese caso, merece una mención especial, que no significaría nada por sí misma, pero que es un síntoma que me parece puede presentarse como una expresión de la verdad. Yo era ministro de ese gobierno, en una rama que tiene menos atinencia con la política, y el ministro de hacienda de ese mismo gobierno, figuró como candidato á diputado nacional en la lista del partido contrario al que me incluyó en la suya. Entre los dos bandos hubo una diferencia de votos de un veinte ó un treinta por ciento. El ministro que intervenía más directamente en el asunto que tenía relación con las elecciones, era el de gobierno, que permaneció neutral, se abstuvo y no fué incluido en ninguna de las dos listas.

La circunstancia, señor presidente, de ser dos ministros, que formaban en dos partidos contrarios, me parece que es la prueba más manifiesta de que el gobierno permanecía neutral en la contienda, pues uno por lo menos de los ministros hubiera renunciado, si el gobierno hubiera tomado una actitud parcial en uno ú otro sentido.

Pues bien; hago esta salvedad, no por crearme con mejor representación que mis distinguidos colegas los demás señores diputados elegidos por lista, sino para significar que me siento tranquilo, y que, dentro del régimen electoral en que vive la República, es todo lo mejor á que se puede aspirar. Y debo recordar que para tener esa representación de las minorías, ha sido necesario que toda la masa electoral se reuniese á tambor batiente, dispuesta á luchar por medio de las armas; y para que se llegase al acuerdo, ha sido preciso que todo ese esfuerzo se malograra, volviendo á desorganizar esos partidos.

Pero yo, señor presidente, creo que

es la tendencia que he llamado evolutiva dentro de las filas del partido nacional, la que nos permitirá, en cada caso, agrupar los elementos é interpretar la opinión, buena ó mala, si es que esos partidos tienen elementos de acción, si es que tienen títulos para invocar el voto de los ciudadanos, á fin de que puedan tener la representación que les corresponda, según el número de los que representen, sin necesidad de llegar á esos acuerdos, de los cuales siempre quedan girones, por lo menos, de la conformidad de ideas, que son la base de formación de los partidos orgánicos.

Se observa, señor presidente, que el voto uninominal no ha producido mayores resultados en las provincias y que ha dado lugar á la compra del voto en la capital.

Lo de que no haya producido mayores resultados en las provincias, lo ha contestado el señor diputado por la capital, haciendo presente los ejemplos de lucha activa que se han producido y la representación que tienen algunos miembros que no son situacionistas.

¿Qué no han salido mayor número? Pero, ¿cómo había de producirse una lucha activa, después de quince años en que venía produciéndose el proceso de la desaparición de los partidos tradicionales, en que los partidos habían perdido mucho de sus elementos con motivo de los acuerdos que repudiaban mucha parte de la masa del pueblo, acaso por error? Pero hay que tener en cuenta que no todos los ciudadanos pueden tener la suficiente elevación de miras para reconocer patriotismo en los hombres que realizaban aquella política, y que muchos calificaban de claudicadores. Y todos esos elementos que así pensaban, han ido separándose de las filas de sus respectivos partidos.

Después de quince años en que se ha venido desarrollando una política semejante, cuando los partidos se han desgastado considerablemente, ¿cómo podía haber un movimiento cívico? Era preciso haber dejado que ese espíritu se desarrollara, que el trabajo, que se iniciaba pacientemente recién entonces, nos demostrara el resultado del sistema electoral.

Se dice que en la capital ha dado lugar esta ley á la compra de votos. Si los pueblos hubiesen de formarse solamente de los potentados ó de los hombres de talento, se reducirían á muy pocos los ciudadanos. En medio de las

clases acomodadas, en medio de las clases trabajadoras, en medio de las clases directoras, hay también un elemento desheredado, desheredado por la fortuna y desheredado también por la naturaleza, que lo ha dotado de menos aptitudes personales y de menos medios para atender á su subsistencia. Esos, al fin, son ciudadanos también, son ciudadanos desgraciados; pero que, algunas veces, en los momentos en que la patria está en peligro, son hombres capaces de llevar un fusil y de sacrificar su vida por ella. Ellos son los que, teniendo poca idea de su valimiento como ciudadanos de la nación, idea que más razón ha tenido de perderse, no sólo en estos desgraciados sino también en todos los que forman las clases inferiores creen que el derecho de ciudadanía nada vale y que pueden venderlo por un plato de lentejas. Pero, por pequeño que sea el paso, el día que esos desgraciados sepan que por el hecho de ser ciudadanos ganan con qué comer ese día, van á tener más conciencia de lo que como ciudadanos valen que la que pueden tener dentro del sistema de la lista, en el cual no se compra el voto porque se considera que nada vale.

Estas son las razones malamente expuestas, lo confieso, que van á determinar mi voto.

He dicho. (*Muy bien, muy bien!*)

**Sr. Vocos Giménez**—Corresponde que se vote.

**Sr. Presidente**—Si nadie pide la palabra, se votará.

**Sr. Iriondo**—Hago moción para levantar la sesión, porque se ha creído que este debate iba á continuar.

**Sr. Palacios**—Y el señor diputado Balestra que había pedido la palabra, se ha retirado.

**Sr. Lucero**—Podríamos fijar un día para votar el despacho.

**Sr. Hernández**—Pido la palabra.

Creo que es notorio que el debate no está agotado; hay hasta algún diputado que ha pedido la palabra y se ha ausentado, creyendo probablemente que no podría hablar hoy; y como la hora es avanzada, hago moción para que se levante la sesión.

**Sr. Iriondo**—He hecho indicación para que se levante la sesión; pero si no hay quorum no se puede tomar ninguna resolución.

**Sr. Uriburu (F.)**—¿Cuántos diputados faltan?

**Sr. Iriondo**—Pero no vamos á estar esperando á que se llame á los diputados!

**Sr. Uriburu (F.)**—¡Sí yo no espero nada, señor diputado!...

**Sr. Vocos Giménez**—Si hay algunos diputados en antesalas, podría llamárseles.

**Sr. Robirosa**—Creo que hay quorum.

**Sr. Presidente**—No, señor; y no se podría votar nada, porque la cámara se encuentra sin quorum.

**Varios señores diputados**—Pasemos á cuarto intermedio.

**Sr. Presidente**—Invito á los señores diputados á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace, á las 5.45 p. m.